



PÉTION, PÉTION, ESTE DESPOJO QUE VES, TAMBIEN HA SIDO REVOLUCIONARIO Y TAMBIEN HA SIDO POPULAR

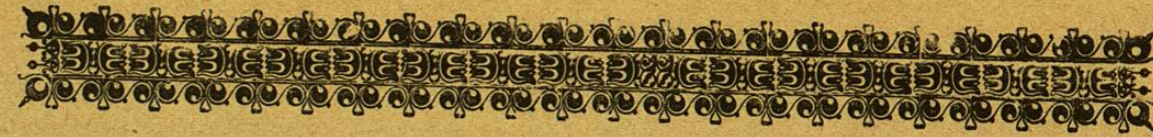
Un Felipe C. Rojas Madrid

CAPILLA ALFONSINA

perder la última centella del fuego vital, exclamaron como si hablasen desde la eternidad: «Pétion, Pétion, este despojo que ves, también ha sido revolucionario y también ha sido popular.» Pétion cayó como muerto en tierra, y les costó á los que tras él entraron, todo un titánico trabajo el volverlo á la vida natural. Después de todo esto ¿qué mucho si republicanos verdaderos pensaron en una política legal y propendieron á entenderse con la corona por creer esta inteligencia único medio de salvar la Constitución? Ejemplos abundantísimos nos ofrecen los hechos de tal estado psíquico imperante sobre muchos revolucionarios. Jamás se hizo un esfuerzo mayor para perder á un Rey que el hecho por Vergniaud en su discurso del dos de Julio, acusándolo por haber despedido los ministros patriotas y rehusado la sanción de los decretos liberales; y jamás un esfuerzo mayor para redimir á un Rey que el hecho en la sesión del veinticuatro de Julio evitando que votase la Cámara el destronamiento. Y no sólo él; hombres de mayor empuje revolucionario y de más pelo en pecho, redactan conciliadoras memorias y las expiden á Palacio por medio de comunes amigos. Guadet y Gensonne ahí están para testificarlo. Tenía este grupo girondino con un pintor de Cámara grande amistad, y del pintor de Cámara llamado Bozé y de su amistad se valieron para expresar al Rey sus angustias y brindarle con la reconciliación. Sin desautorizar el discurso primero de su palabra maravillosa, el discurso de acusación, antes confirmándolo, Vergniaud propone al Rey todos los recursos que le quedan de salvamento: defensa y observancia de la Constitución; llamada de un ministerio patriota, liberal, incapaz de faltar á las leyes fundamentales, ni de urdir traición alguna con los ejércitos y los Reyes extranjeros, ministerio que podía presidir Pétion en persona. El Rey lo esperaba todo de la coalición monárquica, y á esta esperanza, en el sentir suyo segurísima, se burló de la Gironda semi-revolucionaria, y contestó á la promesa de salud con una sonrisa de menosprecio. *Alea jacta est.* La nueva revolución estalla. No hay que achacarla solamente á la política interior, ni creerla resultado capital de las pasiones facciosas. En todo movimiento social renovador laten la conjura y la revolución. Es la revolución como la causa primera, es la conjura como su causa ocasional. En Francia fuera difícil, digámoslo en plata, la segunda revolución, si no la provoca el ejército extranjero con sus insensatas y criminales invasiones. El movimiento por la libertad se complicó de una manera grave con el movimiento por la independencia. Con la libertad puede hallarse una secta, con la independencia se halla todo el mundo. Y así acontece que las revoluciones han siempre coincidido con las guerras al extranjero: la revolución suiza con las guerras al austriaco, la revolución holandesa con las guerras al español; las revoluciones británicas, la religiosa y la política, con las guerras á Felipe II y á Luis XIV; la revolución americana con las guerras á los ingleses; la revolución española con las guerras á Bonaparte; la revolución húngara con las guerras á los croatas y demás sicarios del Sacro Imperio; la revolución griega con las guerras á los turcos; la revolución francesa con las guerras á todo el mun-

CAPILLA ALFONCINA

do. Imagináos aquella generación trágica, de antiguas iniciaciones en el culto á la política romana, enamoradísima del dogma implacable conocido con la terrible denominación de la Razón de Estado, la cual pide víctimas humanas en continuos holocaustos, como los antiguos dioses antropófagos; imagináos aquella generación singular amenazada por el extranjero, no habrá de maravillaros que creyeran no sólo necesario la matanza y el degüello, santos, más que santos, santísimos, por imponerlos quien merece hasta el sacrificio de nuestra conciencia, la patria. Veamos así qué pasaba en las fronteras con la coalición monárquica, infame sacrificadora de Polonia, mientras dentro de Francia estallaba la segunda revolución.



## CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO

El Ejército revolucionario y los Ejércitos realistas.

MIENTRAS la Realeza en Francia se descomponía, el Imperio se afirmaba en Alemania. Luis XVI prestaba un forzado juramento á la Constitución, entre amenazas y vociferaciones revolucionarias, el día mismo, en que Francisco de Austria celebrara su entrada imperial en Francfort con arqueológico lucimiento. Al ver la grande agitación del Campo de Marte y el contento y la paz de Francfort, cualquiera hubiera creído perdida sin remedio Francia y Alemania salvada. Sin embargo, Dios en sus designios y el progreso en su discurso lo habían decidido de otra suerte. Por aquel campo de la Federación francesa, tan ruidoso como una tempestad celeste, y tan encrespado, como una tormenta oceánica, se salvaba Francia, mientras por aquel imperio semi-asiático, tan venerado como un ídolo, y tan inmóvil como China, se perdía Germania. Las irreverencias del Campo de Marte salvaban á Francia, porque la removían á una para la vida moderna, mientras las ceremonias aparatosas y litúrgicas perdían á Germania, porque la encerraban en el sudario de los muertos. Ningún pueblo debía saber tanto como el pueblo alemán cuál poder incontrastable sobre todos los pueblos y transcendencia indecible á todos los tiempos tienen las fecundas y progresivas ideas. A la voz de un penitente, recluso en humilde monasterio, Alemania tomó la dirección religiosa y científica del mundo moderno con su cristianismo renovado y su filosofía sintética; Suiza prosperó sus grandes ciudades, Basilea, Berna, Zurik, Ginebra, Neuchatel, convirtiéndolas en focos del pensamiento progresivo nuevo; nació la República de Holanda contra todas las fuerzas del Imperio español y del Imperio austriaco reunidas;